

PRÓLOGO

Las personas que escriben libros como este suelen decir que les hubiera encantado tener un ejemplar de este libro en sus manos cuando eran unos novatos, porque de ese modo habrían podido evitar todos esos errores estúpidos que uno comete cuando se inicia en algo. A pesar de que yo leía todo lo que podía cuando era un novato, y que absorbía cada migaja de información que caía en mis manos, la verdad es que no estoy de acuerdo con eso. El descubrimiento de todas esas cosas, de esos 1.001 trucos, formó parte del proceso que me convirtió en un escalador, y en realidad pienso que lo importante es el aprendizaje, y no tanto lo aprendido.

Lo que aprendes es la parte fácil.

Escalar es un deporte simple, y la mayor parte de la gente puede llegar a aprender por sí misma —si se le da el tiempo suficiente— cómo hacer cualquier cosa: desde escalar un simple bloque hasta remontar una pared de mil metros. La emoción de resolverlo es lo que hace que la escalada sea tan adictiva. Esa es la razón por la que este deporte posee una historia tan rica de fotógrafos, poetas, escritores y cineastas, y también de pensadores y *perfeccionadores* de técnicas. Escalar atrae a la gente aficionada a pensar.

Tuve la suerte de que mi padre fue instructor de escalada en la Royal Air Force. El haber trabajado durante la mayor parte de su carrera en el rescate en montaña hizo de él un profesional de la enseñanza de la escalada. En todo aquel tiempo pensó bastante en lo importante que es proporcionar a la gente la capacidad de aprender por sí misma —una idea bastante audaz para alguien cuyo trabajo es enseñar— porque, de ese modo, el alumno puede ser su propio instructor. Me da la sensación de que es un poco como en ese viejo dicho, «si das un pez a un hombre, comerá ese día, pero si le enseñas a pescar sabrá qué tiene que hacer para comer toda su vida».

Y eso es lo que mi padre hizo por mí: me enseñó a pescar. Ante pequeñas cuestiones del tipo «¿Cómo se hace un arnés con cinta?» o «¿Cómo se monta una tirolina?», él se limitaba a darme un libro o a proporcionarme únicamente instrucciones muy básicas. Por aquel entonces yo solía frustrarme mucho, y hubiera querido que él me hiciera el maldito nudo o me ayudara a instalar la tirolina. Tener que averiguarlo por mi cuenta me llevó a cometer todo tipo de errores, pequeños y grandes, pero sobreviví y aprendí las cosas por la vía difícil.

Años más tarde, después de devorar cuanta lectura cayó en mis manos en torno a la escalada, comencé a viajar a zonas de escalada de las que no existía información, ni escrita ni oculta en la cabeza de alguna persona a la que yo pudiera consultar. Cuando quise escalar mi primera vía en El Capitán, o escalar en velocidad en cordada de tres, tuve que proceder marcha atrás, como cuando tienes que resolver un problema de ingeniería invirtiendo el proceso. A menudo tuve que aprender estas cosas escalando en cabeza de cuerda: por ejemplo, cómo izar a mitad de un largo parte del material colgado en un gancho fifi, para no tener que ir tan cargado llevándolo todo encima. Otras cosas —por ejemplo, cómo liberar un petate que se ha quedado atascado— pude resolverlas en una cantera cerca de casa. Por todo ello, he recordado muchas veces mis primeros tiempos como aprendiz y he sentido un gran agradecimiento hacia mi padre. Pero no tanto por lo que me enseñó, sino por lo que no me enseñó.

Dicho todo esto, ¿por qué he escrito un libro que contiene mil consejos?

Bien, para empezar, imagino que me atrajo el propio reto de ver si era capaz de reunir todos esos trucos. ¿Conseguiría extraer de mi cerebro todo cuanto sé y meterlo dentro de un libro? Por otra parte, como instructor de escalada tiendo a no practicar sistemáticamente lo que

predico, y aunque pienso que lo mejor es averiguar las cosas por tu cuenta, también me encanta ayudar a la gente a puentear las experiencias. Además, reconozco que transmitir el conocimiento sin blindarlo es parte fundamental de la mayoría de los deportes, y posibilita el desarrollo de estos; cada generación arranca con cierta ventaja sobre la anterior, unos se apoyan en los descubrimientos de otros... En fin, todas esas cosas.

En este libro no encontrarás trucos sensacionales, ni cánticos mongoles de levitación ni ensalmos tibetanos para devolver la goma a las suelas de tus pies de gato. Solo sencillas píldoras de conocimiento en torno a todos los aspectos de la escalada (algunas de ellas de oro; otras solo chapadas en oro). Tampoco es un manual de enseñanza —más bien, se supone que ya sabes bastante sobre escalada— y sin duda todo novato irá comprendiendo, a medida que progrese, la importancia de algunos de estos consejos. Habrá quien encuentre que algunos de los consejos son erróneos, no sirven para nada o sencillamente son estúpidos. Debo señalar que este libro no lo incluye todo, y que simplemente recoge cosas que a mí me funcionan, pero que pueden no funcionarle a otras personas.

Piensa que este libro es algo así como las mil pequeñas recomendaciones que se escuchan en las escuelas de escalada, en la pared o en el bar; esas pequeñas cosas que pueden contribuir a que mejores un poquito, o un mucho, como escalador. Estoy seguro de que, a pesar de mis consejos —a pesar de todos estos pedacitos de experiencia— aprenderás todo lo que tengas que aprender, y todavía más importante, cometerás un montón de fabulosos errores.

¡Brindo por los errores!